

El nuevo periodismo, otra vez

Carlos Ramírez



El oficio de Kafka

El Oficio de Kafka

Carlos Ramírez

El nuevo periodismo, otra vez

(16 de marzo, 2013)

De España llega la información que la próxima semana comenzará a circular el libro *La banda que escribía torcido. Una historia del nuevo periodismo* (editorial Libros del K.O, Madrid), del escritor Marc Weingarten, una revisión de los principales escritores que irrumpieron en medios con estilos literarios para describir la realidad. La novedad del libro radica en entrevistas recientes con varios de los protagonistas de ese movimiento –la editorial señala setenta y seis entrevistas–, evidentemente de los que siguen vivos porque algunas de las estrellas –Norman Mailer, Truman Capote, sobre todo– ya fallecieron.

No existe una exactitud en localizar el auge del movimiento, pero podría señalarse que arrancó a principio de los años sesenta del siglo pasado, hace poco más de cincuenta años. Varios escritores dejaron a un lado por un rato sus novelas y comenzaron a escribir crónicas utilizando las técnicas de la narrativa literaria, sobre todo la soltura del lenguaje, el uso de palabras y construcción de personalidades. A esa corriente se le llamó nuevo periodismo porque el periodismo tradicional estaba atado –aunque sin cumplirlas– a las reglas de la precisión, la acreditación de fuentes y sobre todo al periodismo noticioso; la crónica apareció como un género libre, sin más límites que ajustarse a la realidad, es decir, no usar el pretexto del periodismo para hacer cuentos de ficción con ciertos referentes con la realidad.

El nuevo periodismo norteamericano se consolidó como tal diez años después, cuando el escritor y periodista Tom Wolfe armó un libro de antología de algunos textos del estilo de lo que podría llamarse, sin desviaciones, “periodismo narrativo”, tomando el apellido narrativo como parte de la familia de la literatura, y lo tituló justamente *El nuevo periodismo*, con un prólogo que asumió ya esa práctica como género. En ese primer acercamiento Wolfe habló del “juego del reportaje”.

Tom Wolfe



El Oficio de Kafka

Carlos Ramírez



A la distancia, el nuevo periodismo parece no haber sostenido la parte del periodismo aunque sí lo referente a la viabilidad de la utilización de las técnicas narrativas para ampliar las posibilidades de descripción de realidades. Habría que hacer una diferenciación: de un lado, los escritores con el manejo de las técnicas narrativas acercándose a la realidad; de otro, los periodistas con lecturas literarias que supieron utilizar las estructuras de la literatura para usarlas en su oficio periodístico.

Si me apuran, podría dar dos ejemplos: del caso de los escritores, sin duda Norman Mailer; del lado de los periodistas, evidentemente Gay Talese. Pero con el tiempo, los textos de periodismo narrativo de Mailer sobreviven más como literatura que como periodismo, en tanto que los de Talese se quedaron por su valor periodístico. Vamos a los ejemplos: el texto más acabado de Mailer en el género del nuevo periodismo es *Los ejércitos de la noche*, que inclusive ganó en 1968 el premio Pulitzer; se trata de una narración en dos partes de las protestas sociales en el Departamento de De-



fensa de los Estados Unidos en otoño de 1967 para protestar contras el reclutamiento de jóvenes para enviarlos a Vietnam y la quema de las tarjetas de llamado; Mailer fue como periodista para hacer una crónica para la revista *Time* pero llegó con varios alcoholes y su primer texto narra sus peripecias para ir al baño. Mailer era dueño de un estilo desenfadado, con frases construidas para ensayo pero para describir la realidad inmediata, con una ironía iconoclasta.

Talese, un periodista sin obra literaria, trabajaba en el *The New York Times* y había publicado ya algunos reportajes, recogidos después en su libro *Fama y oscuridad*. En 1968 le encargaron escribir la historia oficial del periódico pero se dedicó a hacer una investigación histórica y la narró como novela, con el instrumental literario para la reconstrucción de personajes de la realidad y sin salirse de los límites de la realidad. Su libro *El reino y el poder* es un clásico del nuevo periodismo; aunque también tiene otro, para mi gusto de mejor manufactura, llamado *Honrarás a tu padre*, que es la primera construcción literaria de mafiosos de carne y hueso, la familia del *capo* Joseph Bonano, la cual Talese reproduce con sus posibilidades y limitaciones, como personajes literarios pero sin aportar ningún elemento de ficción, es decir, usando las técnicas de la ficción para revivir una



Gay Talese

El Oficio de Kafka

Carlos Ramírez



Norman Mailer

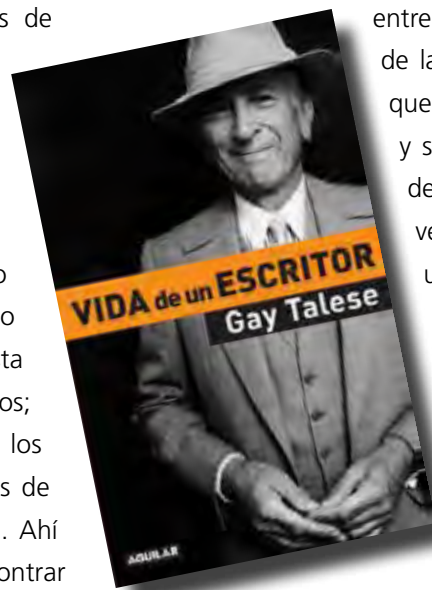
realidad. En su libro *Vida de un escritor*, Talese desarrolla una crónica de su investigación sobre un tema curioso: una mujer se había cansado de los malos ratos de su compañero y le había cortado el pene; Talese cuenta sus peripecias para convencer –sin lograrlo– a la editora de la revista *The New Yorker*; a lo largo de las labores de convencimiento va contando Talese, como buen periodista, su investigación del tema, la violencia, los casos similares, la sicología de la violencia femenina, todo un alarde de periodismo de investigación.

Los textos del nuevo periodismo se publicaron en revistas, sobre todo encontraron el espacio abierto en la revista *Esquire*, algunos en sus propios periódicos; sin embargo, el periodismo formal en los grandes medios estaba atado a las reglas de la verificación, la precisión y la veracidad. Ahí fue donde el nuevo periodismo pudo encontrar salidas. Y son justamente los vicios que fueron agotando la novedad del estilo: a la vuelta de cincuenta años, los textos del nuevo periodismo se quedan

sobre todo por la redacción, no por su contenido. De *Los ejércitos de la noche*, de Mailer, apenas sobrevive el manejo del lenguaje, porque las crónicas posteriores sobre la crisis social en los Estados Unidos generada por la guerra de Vietnam necesitaron mayor periodismo de investigación y menor manejo de estructuras literarias.

El nuevo periodismo, pues, se redujo al estilo, no al contenido. Talese redactó una obra maestra de la crónica cuando lo enviaron a entrevistar al cantante Frank Sinatra, pero no pudo hablar con él porque estaba resfriado aunque entregó un texto largo describiendo escenas como si fueran literatura. La periodista Joan Didion, que es incluida en la generación pero con piezas menos brillantes, también escribió una crónica con técnicas de la literatura sobre las horas finales de la filmación de la película *Los hijos de Kathie Elder*, donde el protagonista fue John Wayne, aunque de Wayne apenas rescata un par de frases.

Los debates siguen abiertos. En 1966 Truman Capote publicó *A sangre fría*, un texto que llevaba el subtítulo de “novela de no ficción”, una especie de oxímoron entre dos extremos; Capote utilizó la técnica de la novela para narrar un caso real diciendo que se ajustaba estrictamente a la realidad y sin una gota de ficción, pero en el umbral de los cincuenta años –el límite que alguna vez señaló Borges que permitía convertir una obra en *clásica*– comienzan a revelarse datos de que Capote sí introdujo partes inventadas que en realidad no hicieron variar el contenido realista. Esa novela provocó la variada respuesta de Mailer de que la novela de Capote no era novela ni reportaje, aunque el propio Mailer le entraría al género de la novela de no



ficción en 1979 sobre el caso del asesino Gary Gilmore, aunque en la novela *La canción del verdugo* Mailer usa la realidad pero con una alta dosis de ficción en

El Oficio de Kafka

Carlos Ramírez



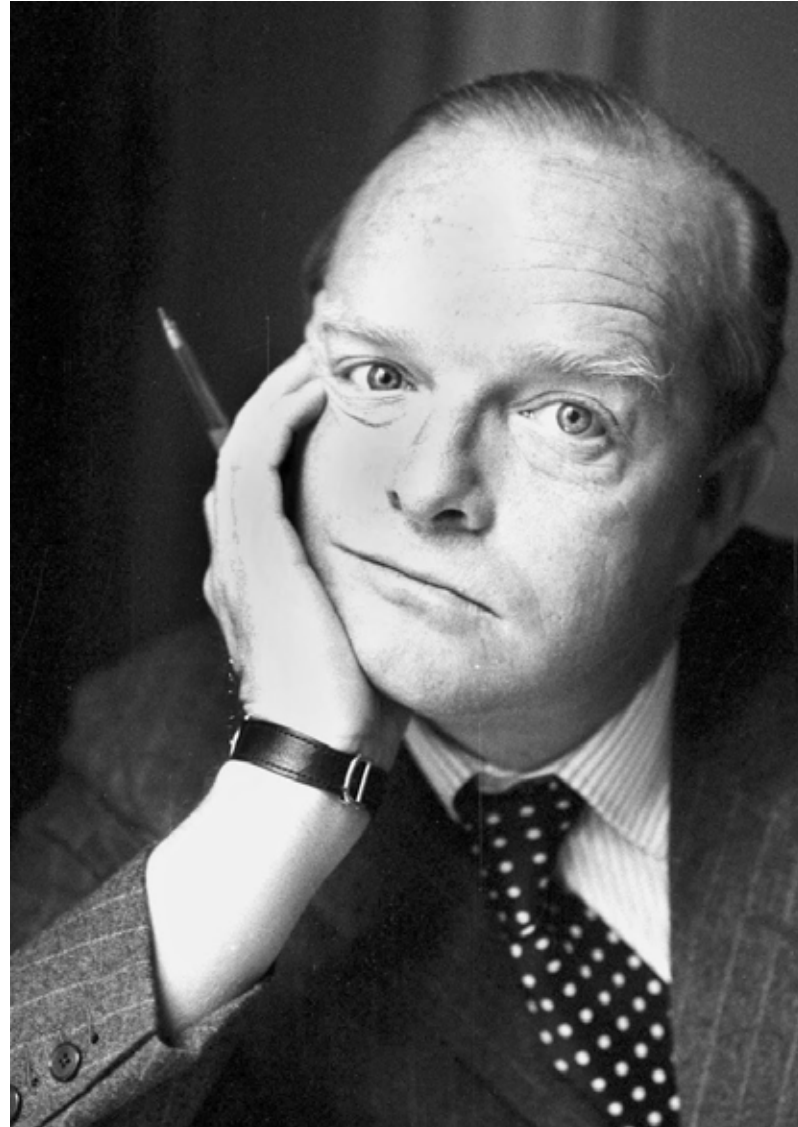
las partes de reinterpretación del personaje; al salir esta novela, Capote, con ironía, la saludó diciendo que era una versión tardía del estilo del propio Capote.

En el nuevo periodismo hay otros personajes. Destaca, por ejemplo, el Dr. Hunter S. Thompson, un periodista que nunca supo explicar –más bien: jugó con esa parte– su grado de

Dr. Su periodismo fue desenfadado, violento, pero con una variedad: el personaje central de sus reportajes –sobre los motociclistas del infierno o sobre el infierno de Las Vegas– era él mismo –un poco al estilo de Mailer en *Los ejércitos de la noche*–, aunque con mayor desorden y desmadre. A ese tipo de periodismo le llamó el propio Dr. Thompson “periodismo gonzo”, una palabra en realidad sin traducción existente.

Caso aparte es Wolfe, periodista y novelista de la realidad. Si bien los demás utilizaban con libertad las técnicas de la literatura –descripciones, diálogo, movimientos escénicos–, Wolfe aportó la ruptura de las reglas de la sintaxis; una de sus grandes crónicas comienza con palabras onomatopéyicas, es decir de sonidos y sin significado, algo inusitado en el periodismo. Y la otra aportación de Wolfe fue la falta de respeto a las figuras, por su polémica con *The New Yorker* al publicar en el *Herald Tribune* una parodia del director de esa revista, rompiendo el acuerdo de ciertos temas intocables.

De ahí que el nuevo periodismo pueda tener, con la aparición del libro de Weingarten, una revisión crítica a partir de la división entre lo estrictamente periodístico y la aportación de la técnica literaria. Mailer y Capote nunca



Truman Capote

dejaron de ser escritores, en realidad reportaban poco, a excepción del material recogido por Capote en Kansas para su novela *A sangre fría*; todo el peso de su reconocimiento caía en el manejo del lenguaje, la construcción de realidades como novelas y la ironía en sus apreciaciones. En su momento, sus textos ayudaron a romper los fríos barrotes que mantenían al periodismo noticioso en una especie de jaula, sin salir. El nuevo periodismo refrescó la crónica, la

El Oficio de Kafka

Carlos Ramírez

construcción de textos ya no se agotó en el modelo de la *pirámide* noticiosa porque una crónica podía comenzar con puntos suspensivos, onomatopeyas o cualquier frase que no dijera nada.

El efecto en México del nuevo periodismo se notó también en la crónica, con Carlos Monsiváis como lector de Mailer y siguiendo los mismos pasos. En los sesenta ese tipo de crónica apenas encontró lugar en *La cultura en México*, suplemento de la revista *Siempre*, más tarde, roto el yugo del control por el 68 y el golpe de Luis Echeverría a *Excelsior*, en *Uno más Uno* con escritores del grupo de Héctor Aguilar Camín, quienes redactaban las crónicas de sucesos sociales o políticos con la libertad de la literatura y sin cumplir con el yugo del periodismo.

A la vuelta de cincuenta años el nuevo periodismo parece ya viejo. El periodismo norteamericano en diarios regresó a sus formalidades y las revistas dejaron de acudir a los escritores, aunque el dato mayor fue el hecho de que los escritores irreverentes con el lenguaje pasaron a ser más formales, más precisos, más intimistas; Mailer y Capote murieron y Wolfe quedó como un lobo estepario corriendo en una soledad profesional. Curiosamente, en México los escritores de la ruptura sintáctica y lingüística, los encasillados en el término de generación de *La Onda* sólo para referencias de temporalidad, descuartizaron los moldes de las estructuras literarias pero no irrumpieron en el periodismo.

El nuevo periodismo no fue sólo el uso de las técnicas-estructuras narrativas y sintácticas, sino la renovación del lenguaje para contar realidades. El problema podría ser fácil de establecer: los escritores que irrumpieron en el periodismo tenían técnicas literarias depuradas y habían hecho alguna vez periodismo, y los periodistas poseían una

cultura literaria procedente de la lectura. En el periodismo latinoamericano la preparación de los periodistas pasó muy poco por las lecturas literarias porque los periodistas se formaban en las redacciones y en las calles, no en los libros; es decir, desconocían las técnicas de la narración literaria. Y los pocos escritores que se metieron de lleno al periodismo se conformaron con conocer de literatura pero desconocían los secretos de la realidad periodística que iban a narrar.

A casi medio siglo, el nuevo periodismo sigue siendo una técnica válida pero poco explotada en los Estados Unidos y en la América hispana; los centros de aprendizaje del nuevo periodismo siguen enfatizando las técnicas de la investigación periodística pero poco las de la literatura como forma de narrar. Y en las escuelas de periodismo se enseña más la técnica del reportaje de investigación y no el estilo narrativo para el secreto del nuevo periodismo: saber *contar* historias.

Lo que queda al final es la percepción de que el nuevo periodismo dependió de personalidades específicas de carne y hueso, no de una corriente evolucionista del periodismo; es decir, que se agotó con la muerte de Mailer y Capote y con el formalismo de Wolfe en sus novelas, por la falta de espacios donde publicar y sobre todo por la disminución de lectores. La literatura estadounidense cayó en una especie de letargo y los escritores se han alejado de las revistas y periódicos y se preocupan más por el ensayo que por la crónica. Y, por supuesto, la ausencia de un ambiente social estimulante como el de los sesenta en los EU: la ruptura generacional, la guerra, la protesta juvenil, la contracultura, la agitación social

El periodismo entró en el túnel del conformismo.

Si bien los demás utilizaban con libertad las técnicas de la literatura –descripciones, diálogo, movimientos escénicos–, Wolfe aportó la ruptura de las reglas de la sintaxis; una de sus grandes crónicas comienza con palabras onomatopéyicas, es decir de sonidos y sin significado, algo inusitado en el periodismo.